

en abierta rebelion, y encontrando en los Alemanes poco apoyo, se dirigió á las ciudades de Lombardia, excitándolas á que no se arreglasen con su padre. Milan, Brescia, Bolonia, Novara, Lodi y el marquesado del Monferrato le saludaron por rey, entregándole aquella misma corona que siempre negaron á su padre; y obtuvieron de él en cambio, que confirmase todos sus privilegios, y que aceptase por amigos y enemigos á los que lo fueran de la liga. Ahora ya la guerra se hace doméstica. El pontífice desaprueba la rebelion del hijo; las ciudades y principados se dividen en facciones; Federico desde y principados se dividen en facciones; Federico desde la Sicilia, en donde se hallaba para sofocar las conmociones que volvian á estallar, atraviesa inermemente la Lombardia, la cual no quiere aprovecharse de la humillacion de aquel, y se presenta en Ratisbona, en donde setenta prelados y príncipes declaran por traidor á Enrique, y se disponen á sujetarle; este, por mediacion del gran maestro de los Teutones, implora el perdon que su padre le concede; pero probándosele despues nuevas perfidias, y hecho prisionero, fué encerrado en el fuerte de San Félix en la Pulla, en donde acabó su vida (1242).

Dieta de Maguncia.

En la dieta reunida por Federico en Maguncia, á la que concurrieron ochenta príncipes y prelados, y mil doscientos señores, Enrique fué depuesto solemnemente, y en ella quedó tambien terminada la cuestion entre la familia güelfa y la gibelina, renunciando Federico todos sus derechos al imperio, y recibiendo de este Oton el Joven, único güelfo ya existente, los heredamientos de que se formó el ducado de Brunswich. Aquella dieta es ciertamente memorable, por las sábias providencias que tomó, y por las leyes que dictó de una paz pública, las primeras que se redactaron en aleman. Federico confirmó las constituciones dadas en Worms por su hijo, y creó ademas un juez de corte (*Hofrichter*, *Frymann*) que conociese diariamente de las causas que se llevasen á su tribunal, excepto de las feudales.

La majestad, que tan brillante se presentó en aquella dieta, se ostentó aun con mayor magnificencia en el matrimonio de Federico con Isabel, hija del rey de Inglaterra Juan Sin Tierra. Un espléndido cortejo de caballeros y barones la recibió en la frontera, en Colonia la escoltaron diez mil ciudadanos á caballo con preciosas armaduras y vistosos trajes, mientras que los instrumentos músicos, ocultos en carrozas cubiertas de tapices y de púrpura, poblaban los aires con los dulces ecos de su admirable armonía, y durante toda la noche, un coro de jóvenes doncellas que cantaban debajo de sus balcones, alegró los oídos de la nueva desposada. Cuatro reyes, once duques, y treinta condes y marqueses asistieron á las nupcias, y los regalos correspondieron á la alta dignidad de los esposos, siendo notable el que ofreció Federico al rey, su suegro, que consistia en tres

leopardos traídos del Oriente, y alusivos á las armas de Inglaterra.

En Viena, ciudad á la que habia declarado libre, despues de humillado el duque de Austria, Federico el Belicoso, el emperador hizo elegir rey de Romanos á su hijo Conrado, despues de lo cual se dirigió á Italia. Pero los príncipes del imperio suministraban con tal repugnancia sus guerreros para expediciones en que ningun interes tenian, que Federico tuvo que tomar tropas á sueldo, y asoció á los pesados y acerados caballeros tudescos los veloces Sarracenos, á los cuales dirigian en sus rápidas evoluciones los tardos movimientos de un elefante, sobre el cual ondeaba la bandera, y que hacia las veces de carro de batalla.

Los Lombardos solo podian oponer á este ejército las milicias del país, compuestas de artesanos y labradores, reunidas cuando la ocasion lo requeria, y nada prácticas por lo tanto en los movimientos regulares de las batallas campales; así es que evitando el encuentro en campo raso, preferian recibirlo en sus murallas, y como desde los Alpes hasta el Po habia una serie no interrumpida de castillos, era para Federico tan largo y fatigoso el tomarlos uno en pos de otro, cuanto peligroso el dejarlos á la espalda.

Las ciudades reanudaron su alianza, y dispusieron que hubiese un erario comun, al paso que Federico buscaba el apoyo de los señores, que en las ciudades se habian convertido en tiranos. Sobresalia entre estos Eccelino III de Romano, que habiendo sucedido (1215) á su padre Eccelino el Monje, dotado de una energía, que ni la sangre ni el delito mismo podian detener, habia llegado á ser el terror de la Marca Trevisana, y habia aumentado á sus dominios hereditarios á Bassano y á Treviso, y despues tambien á Verona y á Padua, secundado por su hermano Alberico. Era su rival Azzo de Este, que ademas de los dominios cuyo título llevaba, poseia tambien á Montagnana, Badia, Róvigo y la Polesina Meridional, gozando tambien del favor y ayuda de todos los Güelfos. Muy oportuna fué para los triunfos de Eccelino la venida de Federico, con quien le unian vínculos estrechos, pues se hallaba casado con una hija bastarda de este; así fué que le abrió las puertas de Verona, y él con diez mil Sarracenos y los Gibelinos de Cremona, Parma, Reggio y Módena, derrotó á los Estenses, tomó á Vicenza, obligó á Mantua á capitular, y devastó el país de Brescia. Los Milanenses, unidos á los Güelfos, y aliados con Brescia, Bolonia y Vicenza, se dejaron sorprender por el emperador en Cortenova; la jornada quedó indecisa; pero viendo que no les era posible disponer su nuevo ataque, los nuestros emprendieron la retirada, y no pudiendo sacar sus carros y trenes de aquel terreno fangoso, sacando lo que en ellos iba, los dejaron abandonados en el campo. Excusado es hablar de la orgullosa ostentacion que Federico hizo de aquellos trofeos, los cuales mandó conducir

1237.

Eccelino no el Feroz.

27 noviembre.

detras de su elefante por las ciudades, y colocar despues en el Capitolio en Roma, en donde todavia se lee la pomposa inscripcion con la que, queriendo eternizar su triunfo, solo consiguió eternizar su terror y nuestro ánimo esforzado.

Y no era esta ciertamente una victoria; porque si bien muchos Lombardos quedaron aterrados, Milan en cambio no vaciló en su resistencia, Brescia rechazó la fiera acometida del emperador, y Venecia se le declaró por enemigo á consecuencia de haber aquel decapitado al podestá de Milan, hijo del dux Tiepolo. Gregorio IX, tambien disgustado de Federico por las crueldades que en las ciudades lombardas ejercia, por el favor que á los Sarracenos dispensaba, por los medios que en la Sicilia empleaba, por su perpétua aversion á la Iglesia, y por su falta de cumplimiento á lo pactado, se coligó asimismo con los Venecianos, concediéndoles cuanto ocupasen en Sicilia.

Federico, ciertamente, por mas que lo disimulaba, conservaba odio irreconciliable contra la Santa Sede, cuya supremacia consideraba como fundada en la credulidad de los pueblos y en la astucia de los papas, y era para él una tutora incómoda, una potencia rival, y una soberanía humillante. Reputaba á la Italia como herencia propia, y escribia á un príncipe italiano (1), que todos sus esfuerzos se dirigian á someter la Península, enclavada en sus dominios, y hacer de ella una parte integrante del imperio, como lo era el reino de Jerusalem, herencia de su hijo Conrado, y como lo era la Sicilia, heredada de su madre. No se contestaba, por consiguiente, con sojuzgar la Lombardia, sino que tambien apetecia los Estados de la Iglesia, y en tal caso, no quedaba al papa mas arbitrio que el de refugiarse á un país extranjero, ó el de entregarse completamente á disposicion de un señor que, ya le oprimiria con su odio á la Iglesia. En el interin, como el rey de Túnez, convertido por los padres Dominicos, fuese á Roma á bautizarse, Federico le detuvo, diciendo, que no podia hacerse cristiano sin permiso de su tío; desterró tambien, é hizo morir á los mejores prelados de las Iglesias de Italia, y no permitió que se nombraran sucesores; dejó á los Sarracenos devastar los templos y erigir mezquitas con sus ruinas; y por último, pretendió la Cerdeña para su hijo bastardo Enzo, diciendo, que el imperio la habia perdido en circunstancias azarosas,

(1) SIGONIO, *De regno ital.* I, p. 80. — En el congreso de Plasencia, Federico manifestó abiertamente que se proponia someter el centro de la Italia: «Nec enim ob aliud credimus quod Providentia Salvatoris sic magnifice imo mirifice dirigit gressus nostros, dum ab orientali zona regnum hierosolimitanum, Conradi clarissimi nati nostri materna successio, ac deinde regnum Siciliae, praecleara materna nostrae successiois hereditas, et praepotens Germaniae principatus sic nutu caelestis arbitrii, pacatis undique populis, sub devotione nostri nominis perseverat, nisi ut illud Italiae medium quod nostris undique viribus circumdatur, ad nostrae serenitatis obsequia redeat et imperii unitatem.»

pero que habia jurado recobrarla de la supremacia pontificia.

1239 Pero mientras Federico celebraba en Padua con Eccelino la opresion del partido liberal, lanzó aquella contra él excomunion, con la que se anunciaba desde luego que iba á estallar una segunda guerra entre el imperio y la Iglesia. Federico, conociendo ya por experiencia cuánta impresion hacen sentencias semejantes en los ánimos de los pueblos, hizo que Pedro dalle Vigne pronunciara en Padua un discurso en su defensa, y que los príncipes que se decian sus parciales le dieran rehenes, y envió circulares por todos los pueblos y reinos, ultrajando al papa en los términos mas feos, hasta el punto de acusarle de disoluto, siendo un anciano de noventa años, y diciendo, que tomaba esta determinacion á instancias de los coligados italianos, y hasta por favorecer á los cátaros, herejes cuyo centro principal era Milan. Pero el pueblo, á pesar de esto, dió mas crédito al papa, á los párrocos y á los frailes, los cuales le repetian de continuo que Federico era un mal cristiano, y que habia dicho, que Moisés, Cristo y Mahoma eran tres impostores, que solo debia creerse lo que cae bajo nuestros sentidos, y que si Dios hubiera visto á Nápoles, nunca habria elegido por su reino á Palestina (1).

Sucédense de nuevo los recíprocos insultos; pero el partido güelfo alza por todas partes la cabeza; los Estenses recobran sus tierras perdidas, Treviso se insurrecciona, y apenas contienen á Padua los torrentes de sangre que por ella hace correr Eccelino. No perdió tiempo Federico, y entrando por los Estados Pontificios, avanza sobre Roma. Aunque en esta ciudad abundaban los Gibelinos, no se desconcertó por esto el papa, sino que sacó del *Sancta Sanctorum* de Letran las cabezas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y con ellas en la mano, y acompañado de los cardenales, de cuantos obispos, arzobispos y otros prelados residian en Roma, y de todo el clero de la ciudad, con ayunos muy estrechos y solemnes oraciones, recorrió procesionalmente todas sus principales iglesias, por cuya devocion y por milagro de los

1240.

(1) Igual era la idea que de él tenían formada los musulmanes. Jafé dice: «El emir Fakr-eddin ganó mucho la confianza del emperador, disputando frecuentemente juntos sobre filosofía, estando de acuerdo en muchos puntos!... Los Cristianos se escandalizaban por esta amistad.» El mismo decia á Fakr-eddin. «Yo no habria insistido tanto en mi empresa contra Jerusalem, si no hubiera temido perder mi reputacion en el Occidente; porque no me importaba tanto la conservacion de Jerusalem ó otro lugar semejante cuanto el aprecio de los Francos.» El emperador era rubio y algo calvo, y cortó de vista: si hubiera sido esclavo, no se habrian pagado por él doscientas dracmas. Por sus expresiones se deducia que no creia en la religion cristiana, y solo hablaba de ella en burlas... Un muezin recitó en su presencia un versículo del Coran que niega la divinidad de Cristo, y el sultan queria castigarle; pero se opuso á ello Federico. — *Bibl. des croisades*, tom. IV, 417. Véase tambien á REYNAUD, *Extrait des historiens arabes relatifs aux croisades*, p. 431. — El libro *De tribus impostoribus* nos consta que haya existido jamas (\*).

(\*) Parece que en efecto existe.

dichos Santos Apóstoles, el pueblo de Roma se decidió á defender á la Iglesia y al pontífice, cruzándose casi todos los habitantes contra Federico, y concediéndoles el papa indulgencia de culpas y de penas. » (VILLANI.) Los frailes predicaron la Cruzada, los sacerdotes pidieron permiso para tomar las armas, y Federico, viéndose obligado á levantar el campo, volvió á Nápoles para recoger hombres y dinero, con los cuales volvió á entrar en Lombardia, si bien tuvo el disgusto de ver sucumbir á aquellos en quienes mas confiaba.

1241.

Para resolver la gran cuestion, el papa Gregorio convocó un concilio general en Roma, y Federico, que siempre habia clamado por este, escribió ahora á todos los príncipes para que no dejasen venir á los cardenales, como si se tratara de un acto hostil contra él; se dirigió tambien á los prelados amenazándoles con la prision si asistian, y excitó, por último, la codicia de la gente que tenia apostada, concediéndoles el despojo de los cardenales que cogieran. Viendo que un gran número de ellos, Ingleses, Franceses y Lombardos, estaban dispuestos á concurrir, les invitó á que fueran por tierra, á fin de tener una conferencia con él, pero recelosos aquellos, prefirieron hacer la travesía por mar. Entónces Federico envió á su hijo Enzo para que con la flota pisana los aprisionara ó echara á pique, y en efecto, esta encontró á las galeras genovesas que les convoyaban junto á la Meloria, y destruyendo parte de ellas, capturó otras muchísimas, habiendo sido los prelados hechos prisioneros y retenidos como tales en Pisa, sujetos con cadenas de plata (1). Federico,

(1) Los Genoveses daban cuenta al papa de la derrota del Giglio en los siguientes términos:

« Nuestro corazón se llenó de amargura, y la espada del dolor nos llegó al alma, cuando á vuestros legados, á los otros prelados de Occidente, y á los embajadores de Milan, de Brescia, de Plasencia y á los nuestros, embarcados con alegre confianza en nuevas naves, acometieron con fiero y repentino asalto los enemigos de Dios y de los hombres, los Pisanos y los Sicilianos, el viernes 3 de mayo. Los nuestros, confiados en el auxilio del Cielo, opusieron maravillosa resistencia, y tomaron las tres primeras galeras de los piratas, pasando á cuchillo á las tripulaciones, y echando á pique sus cuerpos y las naves. Despues de largo combate, y de muchas muertes y heridas, venció, porque así lo quiso Dios, la fuerza enemiga, la cual, sin piedad ni reverencia alguna, hizo estragos en aquellos santos padres inocentes y en sus conductores, si bien por la gracia de Dios, algunas barcas y navicillas y siete galeras con muchos de los nuestros, con los arzobispos de Santiago, de Arles, de Tarragona y de Braga, y con los obispos de Plasencia, de Anney y de Asti, arribaron aquí á salvo. El venerable y santo padre obispo de Palestina volvió tambien en la galera del señor Romeo, embajador del ilustre y magnífico conde de Provenza, trayendo consigo una nave enemiga cargada de preciosas vestiduras, y esperamos ademas otras. Podéis creer que no tanto nos duele la pérdida de vuestras gentes y naves, cuanto la ignominia de nuestro señor, y el mal sufrido por los santos prelados, que en acto de obediencia acudían alegres al concilio para dar á vuestra santidad justos y saludables consejos. Para vengar iniquidad tan atroz, para defender á la Iglesia de Dios y el pueblo que á ella es afecto, nosotros, todos, desde al primero hasta el último, estamos irrevocablemente resueltos á ofrecer vuestras vidas y vuestras haciendas, sin perdonar fatiga, trabajos ni viglias, hasta que hayamos sofocado la rebelion y tomado venganza de las muertes, heridas y ultrajes que los inocentes sufrieron en honor y gloria del nombre de Jesucristo, de vuestra santísima persona, de vuestros venerables hermanos, de la Iglesia uni-

entretanto, ocupaba algunas ciudades romanas, y hasta en el mismo Sacro Colegio encontró traidores al papa, el cual murió encerrado en Roma. 21 agos. to.

Despues de este suceso, Federico suspendió las hostilidades, como para dar á entender que estas se dirigian contra la persona del pontífice, y dió libertad á los prelados prisioneros; pero esto no obstante, se apoderaba del dinero que llegaba á Roma, enviaba á los Sarracenos á devastar la comarca, y á los poquísimos cardenales que se reunieron en el cónclave, que de intento él hacia se dilatase, les escribió en los siguientes términos: « Á vosotros, hijos de » Belial; á vosotros, hijos de Efrain; á vosotros, » ovejas descarriadas; á vosotros, culpables de » los desórdenes del mundo. »

Celestino IV murió envenenado, y le sucedió Sinibaldo Fieschi con el nombre de Inocencio IV. Este era por sí y por su familia amigo del emperador, por lo cual se esperaba un arreglo; pero Inocencio pretendia que principiara Federico por restituir las tierras usurpadas y dar libertad á los prisioneros, mientras que Federico queria que aquel separase su causa de la de las ciudades lombardas, á las cuales acusaba de haber usurpado las regalías, en tanto que el pontífice sostenia, que no estaban obligadas á comparecer ante los tribunales del imperio. No pudiendo convenir en su arreglo, Federico corrió precipitadamente á las armas; mas por último, parece que Tadeo de Suessa y Pedro dalle Vigne encontraron medio de ajustar las diferencias. Mientras se disputaba, sin embargo, sobre á quién correspondia primero cumplir con lo pactado, el pontífice huyó á Génova; pero era Federico tan poderoso y temido, que nadie osó darle asilo, ni aun San Luis de Francia. Afortunadamente Lyon era ciudad libre, de modo que, refugiándose en ella, abrió el XIII concilio general. 1243. 25 junio.

Ciento cuarenta prelados asistieron, y en él

versal, y de todo el pueblo fiel cristiano. Para lo cual aseguramos á nuestra santidad que, al presente, todo ciudadano genoves, grande ó pequeño, dando al olvido su propio daño, y dejando á un lado todo peito, cuidado ó negocio, atiende y se ocupa asiduamente en la construccion y armamento de todas nuestras naves y galeras, para obtener victoria, como en otro tiempo, sobre nuestros enemigos, y para que la Iglesia de Dios pueda manifestar su grandeza y poder contra aquel lujo de perdicion, aquel hombre malvado y apóstata, el llamado emperador Federico, y contra sus cómplices y fautores, como es justo y razonable. Parece que aquel solo se ha elevado á tanta altura para precipitarse despues desde lo mas encumbrado hasta lo mas profundo de los males y al abismo de la mayor vergüenza. Suplicamos por tanto de rodillas á vuestra santidad por la sangre que vertió Jesucristo, cuyas veces hacéis en la tierra, que no desistáis por la pasada desgracia de vuestro propósito, y que continuéis guiando la navicilla de Pedro, combatida y casi echada á pique por las tempestades, al puerto de alegría y de salud, bajo el suave y dulce gobierno de vuestra sabiduría, cuyo esplendor ilumina á todos los Católicos y fieles Cristianos. Venid, pues, en persona, si á tanto llega vuestra condescendencia, ó enviad un discreto y prudente legado á vuestra ciudad y pueblo de Génova, que con sus personas y haciendas quiere ser súbdito de vuestra paternidad, y ordeñer siempre con lealtad y afecto vuestros deseos y mandatos, para hacer lo que es mas aceptable para Dios, para la Iglesia y para todo el pueblo cristiano, segun lo acreditan sus hechos presentes, y lo confirmarán los venideros. »

XIII concilio ecuménico.

adornó Inocencio á los cardenales con el capelo encarnado, para darles á entender, que siempre debian estar prontos á derramar su sangre por la Iglesia, y ademas con el anillo y el cetro de plata, aparato regio, como para protestar contra Federico, que pretendia reducirlos á la sencillez apostólica. Reunido el concilio, el pontífice puso de manifiesto las cinco llagas, por las que, á semejanza de Jesucristo, derramaba su sangre, á saber: el cisma de los Griegos, el aumento de la herejía, la devastacion de Tierra Santa por los carismitas, la amenaza de los Mogoles, y las enormidades del emperador, hereje, musulman, blasfemo, perjuro, usurpador de los bienes de las Iglesias, y perseguidor del clero.

Tadeo de Suessa empleó toda su elocuencia y dialéctica para atenuar los cargos que se hicieron á Federico; pero habiéndose en vano señalado diversos plazos á este para que compareciese personalmente á justificarse, se pronunció contra él en rebeldía sentencia de excomunion. « Yo vicario de Cristo, y que lo que » ligare sobre la tierra queda ligado en el cielo: » habiéndolo ántes deliberado con los cardenales, nuestros hermanos, y con el concilio, » declaró á Federico acusado y convicto de » sacrilegio y herejía, excomulgado y privado » del imperio: absuelto para siempre de su » juramento á los que le prometieron fidelidad: » prohibo se le preste obediencia bajo pena de » excomunion ipso facto, y ordéno á los electores que elijan otro emperador, reservándose el disponer del reino de Sicilia. » Los cardenales arrojaron al suelo las hachas encendidas, con la execracion ritual: Tadeo se golpeaba el pecho, exclamando: *Dia de cólera, dia de calamidades, dia de miseria*; é Inocencio entonó solemnemente el *Te Deum*.

Federico supo esta decision en Turin, y habiéndose hecho traer la corona, ciñó con ella sus sienas, exclamando como otro emperador en nuestros dias: « ¡Desgraciado del que ose » llegar á ella! ¡Desgraciado del pontífice que » rompió los vínculos que con él me unian, y » me dejó sujeto á los consejos de la desespe- » racion! » Despues escribió á todos los príncipes, quejándose de que se le hubiese condenado sin haberle convencido, negando al papa el derecho de deponer á los reyes (1), tachándole de ambicion é hipocresía, y declarando, que se proponia volver con la fuerza á la Iglesia á su pureza primitiva, y de este modo se mostraba hereje, en la carta misma en que queria justificarse del delito de herejía.

(1) Este hecho sirve para demostrar cuán generalmente estaba reconocido este derecho. Cuando el papa, en 1239, ofreció al conde Roberto de Francia la corona del excomulgado Federico, los barones franceses protestaron contra semejante oferta, hasta que estuviesen bien seguros de que el emperador habia pecado contra la fe: « Missuros ad imperatorem, qui quomodo de fide catholica sentiat diligenter inquirent: tum ipsum, si male de Deo senserit, usque ad internecionem persecutores. » MATT. PARIS. Al concilio de Lyon asistieron los embajadores de todas las potencias, y ninguno disputó sobre la competencia de aquel tribunal, limitándose solamente á aplacar al pontífice y á disculpar al emperador.

Difundióse, y fué escuchada la voz de Inocencio y del concilio: los Sicilianos atentaron contra la vida de Federico, y pagaron su osadía con la sangre de sus mejores ciudadanos, y la corona de Alemania pasó á ceñir las sienas de Enrique Raspon, landgrave de Turingia, que favorecido por las discordias intestinas, y por el dinero y los breves del papa, logró vencer al rey Conrado. 1246

Verdad es que derrotado despues Enrique, murió de melancolia; pero poco aprovechó su muerte á Federico, el cual tenia razon sobrada para desear con ansia que se pusiera término á tan angustioso estado. San Luis de Francia, en cuyo juicio se habia el papa excedido al condenar sin oírle al mayor príncipe de la Cristiandad, interpuso diferentes veces su mediacion en favor de la paz, recordando al pontífice la mansedumbre que debia adornar al vicario de Jesucristo, y los miles de peregrinos que en Oriente rogaban por la paz y union entre los príncipes cristianos para verse libres del yugo de los infieles; pero Inocencio siguió adelante en su resolucion; imponiendo al mismo tiempo diezmos al clero, sacando dinero por todos los medios imaginables, solicitando á los príncipes de lejanos países, y enviando diariamente frailes que predicaran contra el emperador. Federico respondia cometiendo crueldades; tomó y destruyó á Benevento, ciudad pontificia, y creyendo criminales las palabras todas y hasta los pensamientos mismos de sus súbditos, ensañóse contra estos bajo el pretexto de conspiraciones descubiertas. En una ocasion sin embargo, volviéndose á humillar, se hizo examinar acerca de la fe cristiana por cinco prelados italianos, y dijo, que queria visitar personalmente en Lyon al papa; pero este tomó el dicho por amenaza. 1247

Pedro dalle Vigne se deshacia en invectivas contra los frailes que « en un principio parecia » que hollaban la gloria del mundo, y ahora » toman el fausto que despreciaron; que care- » ciendo de todo, todo lo poseen, y que son mas » ricos que los ricos mismos. » Mas resuelto el emperador, á cuantos frailes cogia, les marcaba en la cabeza una cruz con un hierro candente, ahorcaba á los viajeros á quienes se encontraba con cartas ó papeles favorables al papa, y saqueó é hizo desocupar á los que habitaban el convento de Monte Casino. No aterraban los suplicios á la gente mas libre que entónces habia, esto es, á los frailes, y el beato Jordan, general de los predicadores, fué en busca del emperador, y puesto en su presencia, y despues de un momento de silencio, le dijo: « Señor, » yo recorro diferentes países, segun mi profesion lo requiere; ¿cómo es que no me preguntáis lo que de vos se dice? » — Yo, respondió el emperador, « tengo emisarios en » todas las córtes y provincias, y sé cuanto » acace en todo el mundo. » Entónces el fraile le replicó: « Jesucristo lo sabia todo, y sin embargo, preguntaba á sus discípulos qué era » lo que de él se decia. Vos, Señor, sois hombre,

« é ignoráis muchas cosas que os convendría saber. Se dice que oprimís á la Iglesia, que menospresciáis sus censuras, que creéis en pronósticos y agüeros, que favorecéis á los Judíos y á los Sarracenos, y que no honráis al papa, vicario de Jesucristo, y esto es indigno de vos (1). »

Ni estaban tampoco mas tranquilas las ciudades lombardas; porque habiéndose levantado Parma, cuya insurreccion cortaba toda comunicacion entre la Pulla y los Gibelinos de la Alta Italia, Federico la atacó con sus Sarracenos y con las tropas de Eccelino y de los demas señores Gibelinos, y aprisionó á cuantos estudiantes, soldados ó caballeros de aquella ciudad pudo haber á las manos, haciendo morir á la vista de sus murallas á cuatro cada día, hasta que los de Pavia le dijeron abiertamente: « Nosotros no vinimos á ser verdugos; vinimos á combatir á los de Parma. » Frente á esta ciudad edificó otra con el nombre de Victoria; pero mientras que el emperador se distraía cazando, los habitantes de Parma hicieron una salida, destruyeron sus tiendas y trincheras, dieron muerte á Tadeo de Suessa, y quitaron á Federico la esperanza de vencerles. En Alemania, su hijo Conrado quedó tambien humillado al mismo tiempo por Guillermo de Holanda, nuevo antecesor de aquel imperio; pero fué todavía mas dura traba para el padre, cuando su otro hijo Enzo, bello é instruido jóven de veinticinco años, á quien habia nombrado rey de Cerdeña, para baldon del papa, habiendo salido contra los de Bolonia, cayó en poder de estos, quienes, ni por amenazas, ni por ruegos, ni promesas, le sacaron de la honrosa prision en que estuvo durante toda su vida (1271) (2).

El despecho de ver su soberbia humillada, causó á Federico el tormento mas cruel, y el que mas frecuentemente descarga la ira del Cielo sobre los tiranos, la sospecha. Las bóvedas del palacio de Palermo resonaban con los lamentos de los barones que en ellas perecian, mientras que sus esposas se consumian de dolor; y hasta Pedro dalle Vigne, el hombre á quien habia confiado *las llaves de su corazon*, el hombre que tantos años hacia era su secretario, sin cuidarse de que con esto ofendia á las ideas mas respetadas por la época, ni de que se hacia acreedor al odio de la posteridad, llegó tambien á serle sospechoso. Privado de sus ojos, Pedro se suicidó: ignóranse las culpas de su vida; pero le absuelve de ellas el juicio de

1250.  
15 di-  
ciem-  
bre.

(1) Ap. BOLL., y *Vit. patr. predic.*, p. 54.

(2) En Bolonia se refiere que hizo construir el palacio que hay frente á la catedral, y que tuvo de Lucia Vendagoli un hijo á quien puso por nombre Bentivoglio. En la iglesia de Santo Domingo está su sepulcro con el siguiente epitafio:

Felsina, Sardiniae regem sibi vinela minantem  
Victrix captivam, consule ovante, trahit.  
Nec patris imperio cedit, nec capita auro;  
Sic cane non magno saepe tenetur aper.

Ernesto Munch escribió una biografía de Enzo (Luisburgo, 1826), acompañada de muchos documentos.

sus contemporáneos, expresado por Dante (1).

El partido gibelino, sostenido por Pisa y por Siena, prevalecia en Toscana: en Lombardia se hallaba equilibrado con el opuesto bando, merced á las crueldades de Eccelino; la fuerza triunfaba por do quiera, y los Romanos mismos amenazaban levantarse, si el papa no regresaba. Federico podia esperar ahora un convenio ventajoso; pero le sobrecogió la muerte á la edad de sesenta y seis años en Firenzuola, en la Pulla (2), si bien ántes de espirar fué vuelto á la comunión cristiana. Dijose que habia muerto á manos de su hijo Manfredo: este es uno de tantos crímenes supuestos con que mancillaron el nombre de aquella familia los odios de los pueblos y de los sacerdotes.

Con tan brillantes prendas, en cincuenta y tres años que fué rey de Sicilia, y treinta y cinco que rigió el imperio, Federico no llevó á cabo cosa alguna grande, porque, como decia San Luis, hizo guerra á Dios con los dones de Dios, y como se expresa un cronista (Salimbeni), no hubiera tenido rival en la tierra *si hubiese amado á su alma*. Basta, con efecto, comparar sus primeros años cuando era no solo amigo, sino pupilo de la Iglesia, con los veinte últimos en que la hostilizó, irritado por la mas pequeña intervencion de la autoridad espiritual. En un siglo que obraba todavía impulsado por la fe, quiso establecer la política materialista, declarando por medio de Pedro dalle Vigne, que el imperio puede disponer de las cosas humanas y divinas, visitó el Santo Sepulcro como aliado de los musulmanes, se rodeó de odaliscas y Sarracenos, y mostró recrearse en la voluptuosidad oriental.

Esta invasion contra la fuerza vital del Cristianismo no podia ser tolerada en un siglo creyente, y luchando por tanto contra las opiniones recibidas, Federico tuvo por necesidad que buscar los peores apoyos, y recurrir á medios que á su carácter mismo repugnaban. En la Alta Italia pudo apercibirse de su temeridad en haberse mezclado en sus asuntos, pues no consiguió sujetar á las ciudades ni á los nobles, despues de haberles ilustrado acerca de lo que les faltaba para sostenerse independientes. Con mayor razon le acusan todavía los Alemanes de que por dominar la Italia, consideró á su país casi como á una provincia, y en efecto, habiendo podido unir al imperio todo el Norte y el Oriente de la Europa, difundiendo la civilizacion sobre la raza eslava, dominada como se hallaba en-

(1) Yo, del corazon real de Federico,  
Soy quien tuve ambas llaves; y usé de ellas  
Tan de continuo y con esmero tanto  
Que nadie sus secretos conociera:  
Y fui en mi cargo tan constante y fuerte,  
Que en él perdí la vida y hallé muerte.  
.....  
No cometí, lo juré, felonía  
Á mi señor, pues no lo merecía.

*Inferno*, XIII.

(2) Los astrólogos le habian dicho que se guardára de una ciudad que habia tomado su nombre de las flores; y por esto nunca habia querido entrar en Florencia.

tónces por todas partes por la germánica, por el capricho de humillar á los papas, ó por el de constituir su reino para su familia, dejó que se eclipsara el imperio que nunca ya volvió á recobrar su primitivo esplendor (1).

## CAPÍTULO VIII

Grande interregno. — Fin de los Suevos y de la guerra de las investiduras.

Guillermo, conde de Holanda, habia aceptado la corona de Alemania, encontrándose frente á frente de Conrado, hijo de Federico II, que á pesar de las vivas instancias en contrario del pontifice, habia sostenido siempre el partido de su padre, y mucho mas despues que le hicieron rey de los Romanos. No faltaban parciales á uno ni á otro; pero no parecia completa su obra á Inocencio IV, mientras existiera la raza de los Hohenstaufen. Escribió, pues, á los señores de las Dos Sicilias, que no reconocieron mas rey que el papa, y á las ciudades y príncipes de Alemania, que cesaron en su obediencia á Conrado IV; prohibió tambien la comunión y el ser testigos á cuantos no se separasen de los Hohenstaufen, y declaró, por último, desposeído á Conrado hasta del ducado de Suabia. Partiendo despues de Lyon, en donde se habia refugiado (2), para Génova, su patria, atravesó la Lombardia, reanimando en ella á los Güelfos; pero entretanto los Gibelinos dominaban en Roma, en donde el pueblo eligió por sí mismo su senador, que fué Brancalón de Andalo, aliado de Eccelino, de los Palavicini y de los demas de este bando, y con medidas de sangre conservó tranquila la ciudad. Inocencio se situó en Asís; pero el senador, en nombre del pueblo, le intimó que se restituyera á su sede.

En los Gibelinos, por tanto, se apoyó Conrado, cuando con escasísimos recursos vino á Italia, y convocó en Góito sobre el Mantuano á los principales caudillos de esta faccion, y especialmente á Eccelino, el mas espantoso tirano de que hay memoria en nuestras historias, y que estuvo á punto de formarse un reino independiente, si no fueran tan débiles cimientos los de la sangre. Solicitado en vano por el papa con promesas y amenazas, siguió en su senda de violencias, sosteniendo con estas al emperador, por lo cual las ciudades güelfas renovaron su alianza, que sabian ya por experiencia era su única salvacion, prometiéndolas el papa mantener en su favor trescientas lanzas.

Conrado llegó por mar á su reino, en donde todo se hallaba en el mayor desorden, preten-

(1) Véase tambien *Frederik the second, emperor of the Romans, from chronicles and documents published within the last ten years* by T. L. KINGTON Londres, 1862.

(2) Durante su residencia en esta ciudad, puso la primera piedra del puente sobre el Ródano, y animó á los Leoneses á coligarse para defender sus franquicias contra la casa de Austria; por lo cual á él se debe que aquellos no llegaran á ser Austriacos. Véase la *Revue lyonnaise*, diciembre de 1837.

diendo gobernarle el papa y los hijos de Federico. Este habia dejado de su matrimonio con Isabel de Inglaterra uno llamado Enrique, de edad de trece años solamente, por lo cual no era á propósito para tan calamitosos tiempos, y de su otro hijo Enrique, rey de los Romanos, habian quedado dos niños, al mayor de los cuales habia asignado Federico el ducado de Austria, que habia recaído en el imperio por muerte de Federico el Belicoso. Pero Manfredo, príncipe de Tarento, á quien hubo Federico en la hija del conde Lancia, y que estaba entonces en todo el vigor de los diez y ocho años, lleno de caballeresco espíritu y de ambicion, copia exacta de su padre natural, puso mano á la muerte de este en el gobierno, y sujetó á la Sicilia y á las ciudades que aspirando al gobierno municipal, elegian consejos en vez de regidores reales, y despues, cuando llegó Conrado, le ayudó grandemente á someterlas. Excesivo fué el rigor que para esto usó Conrado; vencida ya la ciudad de Nápoles, despues de tenaz resistencia, la entró á saco, obligó á sus habitantes á dismantelarla, é hizo morir á los principales jefes rebeldes, y estas y otras severidades hicieron que los pueblos dijeran: *Este es un Aleman*, mientras que repetian de Manfredo: *Es un Italiano*.

Manfre-  
do.

Su carácter benévolo, y la actividad de que habia dado muestras, hicieron á Manfredo sospechoso á Conrado, el cual, para ultrajarle, revocó todas las donaciones hechas despues de la muerte de Federico, y depuso al gran justiciero de Tarento y á otros á quienes aquel habia elevado. Pero así como durante su amistad se atribuía á Conrado y á Manfredo la muerte de su hermano Enrique y de su sobrino Federico, así tambien despues que aquella cesó, se imputó á Manfredo el prematuro fin que tuvo Conrado á los veintiseis años de su edad.

Guillermo de Holanda quedó entonces por único rey de Alemania; pero aunque jóven y entusiasta, jamas pudo inspirar ni amor ni respeto; en cierta ocasion persiguió á pedradas por la calle á un ciudadano de Utrecht; otra vez robó á un caballero su mujer á vista de toda la ciudad, y se vió en suma obligado á continuos combates y batallas, hasta que por fin murió haciendo la guerra á los Frisones ántes de ser coronado en Italia.

Á tan miserable estado habia quedado el imperio reducido que ningun príncipe le pretendió, y las guerras intestinas eran tantas, y tanta la anarquía que reinaba, que para poner coto á los desórdenes en Westfalia y en las orillas del Rhin, se formó una confederacion riniana. La bella diadema de Sicilia que tanto habia ansiado Enrique VI perpetuar en su familia, quedó al arbitrio del que quisiera ceñirla: Inocencio la ofreció á Carlos de Anjou, hermano de San Luis; pero Blanca, entonces regenta, rehusó la oferta: rehusóla tambien Ricardo de Cornuailles, comparándola á la del

1254.

1256.

1256.